

Historia general del SIGLO XX

Giuliano Procacci

En los últimos años han visto la publicación de numerosos intentos de contar la historia del siglo XX. La mayoría de ellos son ensayos interpretativos, que tratan de encontrar el hilo de unas ideas centrales y se detienen especialmente en los momentos que cada autor considera que son los momentos decisivos.

El gran historiador italiano Giuliano Procacci ha intentado aquí algo bastante diferente: ofrecernos una visión general que sigue atentamente el curso de los acontecimientos del siglo en el mundo entero y que los presenta a la luz de la interdependencia que los enlaza. Para ello, el autor presenta los períodos históricos fundamentales en grandes unidades geográficas y culturales: los países de la Europa occidental desde la primera guerra mundial hasta nuestros días; la Unión Soviética desde Lenin a Stalin y su disgregación; Estados Unidos y su dominio a lo largo del siglo XX; los países africanos; América Latina; el mundo islámico; el mundo indio y el área del Pacífico.

Al establecer e interpretar, de este modo, los vínculos que presentan los principales acontecimientos ocurridos en el siglo XX, la «globalización» aparece entonces no como una evolución de última hora, sino como el resultado de una larga trayectoria que se va siguiendo a lo largo de estas décadas y que da finalmente sentido al siglo entero. Esta *Historia general del siglo XX* resulta, así, un libro que se lee con el mismo interés que los mejores ensayos interpretativos, pero que tiene sobre éstos la ventaja de ser también una obra de referencia a la que podemos acudir para buscar informaciones y aclarar dudas.



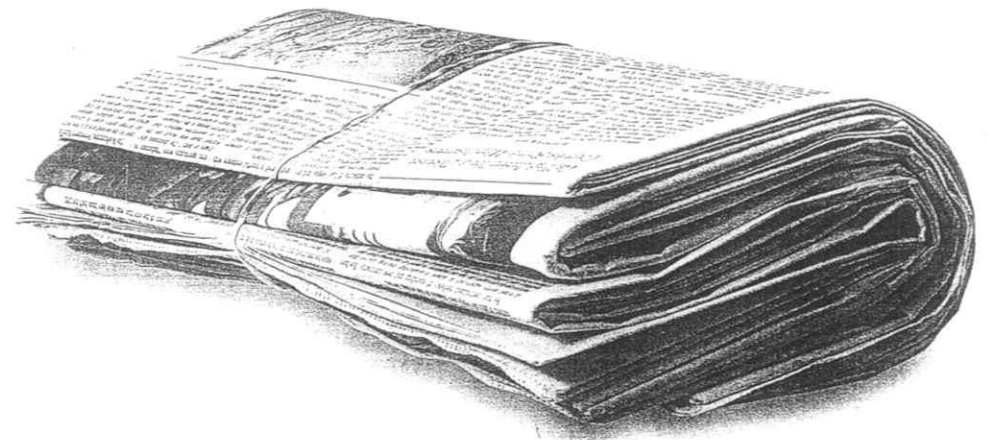
CRÍTICA



Historia general del
SIGLO XX

Historia general del SIGLO XX

Giuliano Procacci



CRÍTICA

www.scantopdf.eu

www.scantopdf.eu

Roma, no se encuentra en el texto de Tratado. En lo que se refiere a la PESC, se recurrió a una fórmula de compromiso bastante ambigua. De hecho, una política exterior y de seguridad de la Unión Europea no existía y ello se pudo comprobar ante la crisis que llevó a Yugoslavia a la disolución. El reconocimiento de Eslovenia y Croacia por parte de Alemania fue una decisión unilateral a la que los demás estados europeos se sumaron en un segundo momento y de mala gana. El desarrollo posterior de los acontecimientos en Bosnia proporcionó una nueva prueba de la incapacidad de los europeos para coordinar sus iniciativas. En efecto, fue sólo la decidida intervención norteamericana en agosto de 1995 la que detuvo el goteo de masacres que hacía tres años que se venían produciendo en la desventurada región.

En junio de 1997 el Consejo Europeo, reunido en Amsterdam, sometía a revisión el texto del Tratado de Maastricht al introducir en él unas importantes integraciones relativas, en particular, a la libertad de circulación de la mano de obra, ya regulada por los acuerdos de Schengen de 1985, a la inmigración y el derecho de asilo. Pero tampoco en esta ocasión se realizó progreso alguno en lo tocante a la política de seguridad y de coordinación de la política exterior. La única convergencia que existe en este aspecto entre los países europeos sigue siendo la que se produce bajo los auspicios de la ONU, como en el caso de la guerra del Golfo (véase cap. 38), o en el ámbito de la OTAN. Pero en este último caso, como se ha comprobado en los recientes acontecimientos de Kosovo, no sin fricciones y tensiones internas.

El fracaso de la *perestroika*

37. I. EL ASCENSO DE GORBACHOV Y LA PERESTROIKA

Al asumir el cargo de secretario general del PCUS, Mijail Gorbachov tenía 54 años, una edad poco habitual para un miembro del *Politburó* y más aún para un secretario general, en un país acostumbrado a ser gobernado por una gerontocracia. Pero no era sólo una cuestión de edad: su carrera se distinguía de la de muchos de sus compañeros en el aparato del partido por su rapidez, al haber pasado de ser responsable de la organización del partido en su ciudad natal, Stavropol, a miembro del Comité Central en 1971, miembro candidato del *Politburó* en 1979 y miembro efectivo en 1980; pero más aún se distinguía de sus colegas por su amplitud de horizontes. Se consideraba y era un marxista, pero su marxismo no era el esclerótico de la doctrina oficial, sino que, al contrario, estaba abierto al intercambio con otros enfoques y otras concepciones del mundo y, como tal, era susceptible de revisión. En efecto, quien siga la evolución de Gorbachov a través de sus escritos y, lo que más importa, sus actuaciones, puede constatar fácilmente que dicha revisión se produjo y que está en gran medida en deuda con las ideas expuestas por Andrei Sajarov en un opúsculo de 1968 (véase cap. 28). Me refiero, en particular, a su concepción de la «coexistencia pacífica», entendida no ya como convivencia entre dos sistemas opuestos e incluso contrapuestos, sino como cooperación entre ellos hasta la convergencia. Traducida a términos políticos, esta amplitud de horizontes implicaba ante todo una conciencia de la gravedad de la crisis de la sociedad soviética y de la contundencia de las decisiones que se imponían para intentar superarla.

El primer paso fue la elección de sus colaboradores: en pocos meses la composición del *Politburó* resultó radicalmente renovada. Salieron personajes destacados como el ministro de exteriores Andrei Gromyko, el mismo

Produced with ScanTOPDF

que había propuesto la designación de Gorbachov y que fue compensado con el cargo honorífico de presidente del Soviet Supremo; Victor Grinscin, él también candidato a la secretaría general, y Grigori Romanov, jefe de la poderosa organización de Leningrado y adversario de Gorbachov. Por contra, entraron Boris Yeltsin, jefe de la organización de Sverdlosk; el georgiano Eduard Shevardnadze, quien sustituyó a Gromyko en el ministerio de exteriores; Nikolai Rizhkov, Alexander Yakovlev, que desde 1972 era embajador en Canadá, e Igor Ligachov, todos hombres de confianza del secretario general. El Comité Central y el aparato periférico de partido también fueron ampliamente renovados. Entre 1985 y 1986 el 60% de los secretarios de *obkom* y *rajkom* fueron sustituidos.

Por otra parte, estos cambios no hubiesen sido suficientes para sacudir a la opinión pública del entumecimiento en el que había caído y para restituir credibilidad al partido y a las instituciones, si las directrices políticas y de gobierno no hubiesen también evolucionado. Gorbachov era consciente de ello y tampoco en este caso se tardó en vislumbrar los indicios de su determinación a cambiar. En junio de 1986 el *Glavit*, la oficina que presidía la censura, recibió instrucciones para relajar los controles, lo que permitió el nacimiento de una serie de nuevos periódicos y revistas que no estaban alineados en las posiciones oficiales, sino, al contrario, eran cada vez más críticos hacia éstas, y favoreció la publicación de textos literarios e históricos anteriormente prohibidos, entre ellos *Doctor Zivago* de Boris Pasternak y *Vida y destino* de Vasili Grossmann. Con todo, la medida más significativa fue la de hacer volver de su confinamiento de Gorky, en diciembre de 1986, al científico Andrei Sajarov. No se trataba de un acto de clemencia, sino de una reparación, como el propio Gorbachov reconoció cuando, pocas semanas después, llamó por teléfono al académico.

Pero ni siquiera estas y otras señales eran suficientes para restituir la confianza a la opinión pública. En efecto, era común la sensación de que las causas más profundas de la crisis se tenían que buscar en el sistema político e institucional vigente y en el papel de monopolio que en él ejercía el Partido Comunista.

En el informe que Gorbachov leyó en el XXVII Congreso del partido en febrero de 1986, se encuentran por primera vez las consignas a las que ha quedado vinculado su nombre: *perestroika* («reestructuración»); *glasnost* («transparencia») y democratización. El secretario volvió a insistir en ellas en su discurso ante el pleno del Comité Central de enero de 1987, añadiendo propuestas concretas acerca de los procedimientos electoral a seguir dentro del partido y en los soviets de todos los niveles, procedimientos que deberían basarse en el secreto del voto y la pluralidad de las candidaturas. Pero no tardaron en manifestarse fuertes resistencias a llevar a la práctica estas propuestas, no sólo por parte de los sectores más conservadores del partido, sino también en el seno del propio círculo de colaboradores directos de

Gorbachov y en particular por parte del responsable de la ideología, Igor Ligachov. A éste se le encargó la elaboración del informe de apertura del pleno que se celebró en febrero de 1988 y él no dejó de aprovechar la ocasión para avisar al partido de los riesgos que la *glasnost* podría conllevar, obligando a Gorbachov a ponerse a la defensiva. De nuevo Ligachov sería el inspirador de un artículo que apareció en marzo en un periódico de Leningrado, firmado por una desconocida profesora llamada Nina Andreeva y titulado «Sobre los principios no puedo transigir»; los «principios», como se leía claramente en el texto, eran los de la ortodoxia oficial. En esta ocasión Gorbachov tuvo que constatar que algunos de los miembros del *Politburó* compartían las preocupaciones expresadas en el artículo. Fue sólo en la XIX Conferencia del partido, que se celebró en junio de 1988, cuando el secretario logró que se aceptara su propuesta de constituir un Congreso de diputados del pueblo compuesto por 2.250 miembros, una tercera parte de los cuales serían personalidades designadas por «organizaciones públicas», entre ellas obviamente el PCUS, mientras dos tercios serían los candidatos que obtuvieran el mayor número de votos en cada colegio, en caso de que se presentaran más candidaturas. Este Congreso, a su vez, debería elegir al Soviet Supremo. No se trataba sólo de una innovación respecto del sistema electoral vigente, que de hecho excluía la posibilidad de múltiples candidaturas, sino también, y sobre todo, de una «reforma del sistema político», como reza la expresión que figura en el informe introductorio. En efecto, el papel del partido en el sistema soviético se rebajaba y el eje del poder venía a desplazarse, en perspectiva, del partido al estado. Esto se confirmó en las elecciones que se celebraron con este sistema en marzo de 1989. Muchos representantes locales del partido fueron rechazados por los electores, y si bien el 80% de los elegidos eran miembros del Partido Comunista, éstos sin embargo, como los hechos demostrarán, no sentían su pertenencia como un freno a la libre expresión de sus convicciones. Ello fue claro ya desde a primera sesión del Congreso, que se celebró del 25 de mayo al 9 de junio, y fue seguida en televisión por decenas de millones de ciudadanos.

Pero incluso tras la aprobación del nuevo sistema electoral, el ordenamiento institucional seguía siendo incierto e híbrido y la línea divisoria entre las competencias del partido y las del estado seguía sin estar clara. En efecto, el papel de dirección del partido estaba sancionado por el artículo 6 de la Constitución de 1977. La propuesta de abolir este artículo, avanzada por Sajarov y algunos diputados durante la segunda sesión del Congreso, fue rechazada por una mayoría de 1.138 votos contra 839 y será sólo en febrero de 1990 cuando, por iniciativa de Gorbachov, será aprobada por el Comité Central y ratificada por el Congreso. De momento, el «estado de derecho» que el secretario aspiraba a construir todavía estaba por alcanzar, lo cual no significa que las instituciones democráticas que hoy en día existen

en Rusia no tengan su origen en el período que precedió a la disolución de la Unión Soviética.

37.2. HACIA EL FINAL DE LA SEGUNDA GUERRA FRÍA

Gorbachov era totalmente consciente de que el experimento reformador con el que se había comprometido no tendría ninguna posibilidad de éxito si la Unión Soviética no conseguía aliviar el gravamen que constituían el gasto militar y los compromisos asumidos en varias partes del mundo, en primer lugar en Afganistán, donde hacía ya seis años que se luchaba en una guerra sin perspectivas de solución negociada y mucho menos de victoria. Ya en el pleno del Comité Central de abril de 1985, el primero tras la lección de Gorbachov, se tomó en consideración el problema de la retirada de las tropas de Afganistán. Una decisión definitiva en este sentido fue tomada por el *Politburó* en noviembre de 1986, pero de momento permaneció secreta y se hizo pública sólo en abril de 1988. Por otra parte, en septiembre de 1987 había sido comunicada a los norteamericanos, en ocasión de un encuentro entre el ministro de Exteriores Shevarnadze y el secretario de estado Schultz, lo que no evitó que Reagan siguiera enviando ayudas militares a los muyaidines afganos. La retirada de las tropas comenzó en mayo de 1988. En la misma fecha, en ocasión de la cumbre de Moscú, Gorbachov comunicaba a Reagan la disposición por parte soviética para la retirada de las tropas cubanas de Angola. Posteriormente, en mayo de 1989, comunicaba al nuevo presidente norteamericano Bush, la suspensión de los envíos de armas al gobierno sandinista de Nicaragua.

Una parte considerable del gasto militar soviético consistía en el mantenimiento de un importante contingente a lo largo de la frontera con China, cerca de la cual estaban instalados, desde 1983, 279 misiles de medio alcance. La disposición manifestada por Gorbachov de reducir el número de tropas acuarteladas en Mongolia, el desmantelamiento en diciembre de 1987, en el ámbito del tratado INF, de los misiles desplegados en Asia y el anuncio de la retirada de Afganistán, hicieron posible una normalización de las relaciones entre los dos países, que se ratificó con la visita que Gorbachov hizo a Pekín en mayo de 1989. Finalmente, en lo referente a los países satélites de Europa oriental y central, ya desde noviembre de 1986 los líderes de los respectivos partidos comunistas habían sido avisados que no contarán con una intervención soviética para mantenerse en el poder. Ello equivalía a abandonar la doctrina Breznev sobre la soberanía limitada (véase cap. 2) y los norteamericanos ciertamente lo sabían.

Por otra parte, es obvio que en el camino hacia una política de desarme el nudo principal consistía en las relaciones entre las dos superpotencias y es igualmente obvio que se trataba de un nudo extremadamente complejo.

El contencioso, en efecto, estaba bien repleto de cuestiones: contemplaba, como se ha visto, el asunto todavía pendiente de los misiles de medio alcance (INF); el del tratado ABM de 1972 (véase cap. 31), con el que, en opinión de la parte norteamericana, los soviéticos no habían cumplido; el tratado SALT II, suspendido a la espera de su ratificación por parte del Senado norteamericano y al que, en mayo de 1986, Reagan había declarado no sentirse ya vinculado; las negociaciones para el tratado de reducción de las armas estratégicas (START), también pendientes desde 1982; las de Viena sobre la reducción equilibrada de las fuerzas de tierra en Europa (MBFR); y por último, y sobre todo, el proyecto reaganiano de la SDI (véase cap. 36) y de las llamadas «guerras de las galaxias». En suma: una mezcla de mesas y de siglas extremadamente intrincada.

Además, a las dificultades de carácter objetivo se añadían las de carácter subjetivo. La intransigencia de Reagan para con el «imperio de mal» estaba compartida por sus más directos colaboradores y en particular por los ambientes del *National Security Council* por el director de la CIA, William Casey, y por el secretario de Defensa, Caspar Weinberger hasta su sustitución en 1987 por Frank Carlucci. En cambio, el secretario de estado George Schultz tenía un enfoque más profesional y más realista. Pero también la Unión Soviética tenía sus «halcones» y no sólo entre los militares, cuya influencia política, como se ha visto, había ido creciendo durante la era de Breznev, sino también en el partido y en el propio *Politburó*. Contrario a excesivas concesiones a los norteamericanos era, naturalmente, Igor Ligachov, pero éste no era el único entre los miembros de *Politburó* y del Comité Central en albergar dudas. Por lo demás, ello no impidió que Gorbachov y su fiel ministro de Exteriores Eduard Shevarnadze avanzaran en el camino de la búsqueda de un acuerdo.

La agenda de las posibles negociaciones ya había sido puesta a punto en un encuentro entre Gromyko y el secretario de estado Schultz en Ginebra el 7 y 8 de enero de 1985. Se contemplaban tres mesas de negociación, respectivamente sobre las negociaciones INF, sobre el proyecto del tratado START y sobre la iniciativa de defensa estratégica y las armas espaciales. Entre enero y julio de 1985, las relaciones entre la URSS y Estados Unidos tuvieron varios altibajos: junto con declaraciones alentadoras por un lado y por otro se mezclaron momentos de tensión e incidentes diplomáticos, hasta que el 3 de julio Moscú y Washington anunciaron que la cumbre entre Reagan y Gorbachov se celebraría en Ginebra en los días 19 y 20 de noviembre. En el comunicado emitido al término de los trabajos las dos partes afirmaban su común voluntad de impedir que estallara una guerra cuyas consecuencias serían desastrosas y reiteraban su compromiso mutuo de «no buscar la superioridad militar». Al margen de esas solemnes pero genéricas afirmaciones, el comunicado no registraba progresos significativos en ninguna de las

cuestiones controvertidas y se quedaba en declaraciones de buena voluntad. Sin embargo, la cumbre de Ginebra marcaba un hito importante en las relaciones entre las dos superpotencias: por primera vez desde la cumbre de Viena celebrada siete años atrás entre Breznev y Carter, y desde el principio de la segunda guerra fría, los líderes de los dos países se habían encontrado, se habían conocido y habían intercambiado invitaciones para visitar sus respectivas capitales. El diálogo, pues, había sido reanudado. En septiembre, Schultz y Shevarnadze volvieron a encontrarse en Washington y el 30 de septiembre se anunció un nuevo encuentro entre Reagan y Gorbachov, que se celebró en Reikiavik los días 11 y 12 de octubre. Esta vez se profundizó más en el valor de cada asunto y se registraron significativos acercamientos en lo referente a la negociación INF, la reducción de los misiles balísticos intercontinentales (ICBM) y la prórroga del tratado ABM, pedida por los soviéticos. Pero el escollo sobre el que se quedaron estancadas las negociaciones fue el de la SDI, sobre la que la parte norteamericana mantuvo una postura de intransigencia.

Para Gorbachov, quien había contado con un éxito para consolidar su posición en su patria, Reikiavik fue indudablemente un jaque. Esto no lo llevó a endurecer su postura, a pesar de las numerosas sugerencias en este sentido, sino, al contrario, reforzó su propósito de desarme aun a costa de más concesiones. En febrero de 1987, avanzó públicamente la propuesta de eliminar todos los misiles de medio alcance sin relacionarlo ni con el asunto de la SDI ni con el de los misiles franceses e ingleses, que había sido planteado en el pasado. En la práctica, era la aceptación de la opción cero propuesta por Reagan desde 1981 (véase cap. 36) y por tanto era una propuesta que difícilmente la delegación norteamericana podía rechazar. A lo largo del mes de noviembre, Schultz y Shevarnadze pusieron a punto los términos de un tratado que se firmó en Washington el 8 de diciembre en conclusión de una nueva cumbre, la tercera en un año, entre los dos líderes. En él se preveía la destrucción en un plazo de tres años de todos los misiles de corto y medio alcance y de sus bases de lanzamiento, por una y otra parte. Se trataba de una novedad en varios aspectos, incluso de una revolución mental en la concepción de las relaciones entre las dos superpotencias.

En efecto, por primera vez los dos países no se limitaban a frenar o reglamentar la carrera al rearme, sino que, con la decisión de destruir los misiles, se invertía su curso, consiguiendo un resultado inmediatamente perceptible por la opinión pública y que de hecho no dejó de ser percibido. Además, también por primera vez, los soviéticos habían aceptado el criterio de los controles *in situ* de las medidas tomadas para la puesta en ejecución del tratado, renunciando así al tabú del secreto de estado, que había constituido uno de los principales obstáculos en las relaciones entre las superpotencias. En la cumbre de Washington se realizaron progresos también en las negociaciones START.

Así pues, a un clima de mutua desconfianza lo había sucedido uno de relativa confianza; ello quedó confirmado en la siguiente cumbre que se celebró en Moscú entre finales de mayo y principios de junio de 1988. Este nuevo encuentro no generó resultados relevantes, pero se caracterizó por una atmósfera de especial cordialidad y mutuo respeto. Fue entonces cuando, al preguntarle si todavía consideraba la Unión Soviética «el imperio del mal», Reagan contestó: «No. Yo hablaba de otro tiempo, de otra época». Fuese o no sincera esta respuesta, la compartían gran parte de los ciudadanos norteamericanos y europeos. Los sondeos atribuían a Gorbachov unos índices de popularidad muy elevados y cada viaje suyo al extranjero daba lugar a un baño de masas. La revista *Time* lo proclamaba hombre del año y en 1990 le fue otorgado el premio Nobel de la Paz.

En diciembre viajó de nuevo a los Estados Unidos para pronunciar ante la Asamblea de la ONU un discurso en el que pretendía ilustrar los principios que estaban en la base de sus decisiones de política exterior y de su concepción del mundo. Ahí no había rastro de la tradicional y obsoleta teoría de la división del mundo en dos campos, condenados a coexistir hasta que el uno anulara al otro. Más bien, el elemento de continuidad con la tradición socialista consistía en el talante internacionalista que animaba el texto del discurso. Su *Leitmotiv*, en efecto, era el llamamiento a la cooperación entre los estados, no sólo para prevenir una guerra nuclear, sino sobre todo para afrontar los retos que un mundo cada vez más interdependiente planteaba a toda la humanidad: los retos del hambre, del subdesarrollo, del ambiente. Eran estos conceptos los que Gorbachov ya había expuesto en sus escritos y en particular en su volumen sobre la *perestroika*, pero al anunciarlos allí, en la más alta sede internacional, adquirirían el valor de un compromiso político. La parte final del discurso anunciaba que la Unión Soviética retiraría en los dos años siguientes a quinientos mil soldados, incluidas seis divisiones acorazadas repartidas en Europa central: esto otorgaba credibilidad a su compromiso.

En el momento en que Gorbachov pronunciaba su discurso el muro de Berlín todavía existía, pero la suerte de la segunda guerra fría ya estaba escrita. La fuerza de negociación de la URSS en sus relaciones bilaterales con los Estados Unidos y en el conjunto de las relaciones internacionales, aparecía debilitada. De hecho, la Unión Soviética había tenido que hacer las concesiones más relevantes, mientras que los norteamericanos se habían limitado esencialmente a tomar buena nota de ellas: la opción cero, la retirada de las tropas del escenario europeo y sobre todo la evidente disponibilidad para otras concesiones, como en realidad sucederá, en otras mesas de negociación. No sólo el prestigio político de la URSS, sino también el prestigio militar del Ejército Rojo, estaban comprometidos tras la derrota de Afganistán.

De todo ello Gorbachov era consciente. Sin embargo, consideraba que tenía la autoridad y la fuerza suficientes para hacer creíble el gran designio

que iba exponiendo. Sería poco generoso leer su discurso como una tentativa de ocultar sus dificultades y una manera de cubrir su debilidad, o como un SOS. O, también, como una manifestación de ingenuo idealismo. Desde la perspectiva que da el tiempo, nos parece más justo considerarlo como su testamento político para una comunidad internacional libre, por fin, y gracias también a sus decisiones, tanto de los riesgos como de la red de protección del bipolarismo, y que comenzaba a navegar en un mar incógnito.

37.3. LA CRISIS DE LA PERESTROIKA

Que el farragoso aparato de la economía soviética había de ser reformado en el sentido de su agilización y su descentralización, era, como se ha visto, una convicción consolidada en los ambientes intelectuales y políticos de la Unión Soviética. Sin embargo, la conciencia de los riesgos que conllevaba esta operación había impedido, como también hemos observado, que se pasara de las palabras a los hechos. Pero el ascenso de Gorbachov a la secretaría marcó un punto de inflexión también en la política económica. Todos los miembros de su equipo, en efecto, estaban decididos a afrontar estos riesgos y determinados a poner en marcha la reforma. Un estímulo más en este sentido, lo recibieron de la catástrofe de la central nuclear de Chernóbil, el 26 de abril de 1986, no sólo por la gravedad del acontecimiento, sino también por la ineficacia, la desorganización y las complicidades que el desastre puso en evidencia. En efecto, pasaron varios días antes de que el gobierno lograra obtener informaciones exhaustivas de las autoridades locales y estuviese en condiciones de proporcionar un cuadro de la situación a una opinión pública internacional justamente alarmada.

Pero ni Gorbachov, que había cursado estudios jurídicos, ni la mayoría de sus colaboradores directos, salvo Rízhkov, poseían conocimientos específicos en materias económicas, por lo que no estaban a la altura de afrontar una tarea tan compleja. Porque se trataba de compaginar los criterios de eficiencia con las instancias de la participación, lo que nunca ha sido fácil.

Las principales reformas que pusieron en marcha entre 1987 y principios de 1988 fueron tres. La primera afectaba al sector industrial y estaba dirigida a conceder a las empresas un margen considerable de autonomía, tanto en las decisiones como en la financiación. Además se reconocía a los trabajadores la facultad de elegir a sus representantes. La segunda reforma concernía a la agricultura y preveía la concesión en alquiler de extensiones de terreno a particulares o asociaciones de campesinos, con el derecho a comercializar los productos. La tercera, en fin, autorizaba y alentaba la construcción de cooperativas en los sectores de los servicios y del comercio. Ninguna de esas reformas produjo los resultados esperados. En el sector industrial, el

principal efecto de la reforma consistió en un considerable aumento de los salarios, que sin embargo no se vio compensado por un proporcional aumento de la productividad. En el agrícola, los campesinos que dejaron sus *koljoses* para independizarse fueron una exigua minoría y la producción, tras la cosecha récord de 1983 continuó estancada, con la consecuencia de que una quinta parte del consumo de la población debía ser cubierta con las importaciones. Finalmente, en lo referente a las cooperativas, los resultados fueron todavía más decepcionantes, ya que éstas se convirtieron en el instrumento mediante el cual la economía sumergida y la especulación lograron extenderse en el mercado y por ahí alimentar los atisbos de un proceso de inflación.

Con el paso de los meses, la situación, en vez de mejorar, se deterioraba cada vez más. A partir de 1988 numerosos productos de consumo fueron racionados y los almacenes de las tiendas estaban cada vez más vacíos. El rublo comenzaba a perder valor y los taxistas de Moscú exigían ser pagados en moneda extranjera, como también, supongo, las cada vez más numerosas prostitutas.

A lo largo de 1989, por dos veces, en julio y en octubre, los mineros de Kusbass, de Donbass y de otras cuencas entraron en huelga, obteniendo considerables aumentos salariales. Sin embargo, el clima predominante en el país era de apatía y resignación. En cambio, señales de alarma llegaban de las repúblicas de la periferia.

La primera de estas señales se encendió en Azerbaiyán, donde en febrero de 1988 se produjeron violentos enfrentamientos entre la minoría armenia, que vivía en la región montañosa de Nagorny Karabak, y la mayoría azera, enfrentamientos que se saldaron con la muerte de muchos armenios. Se iniciaba así un conflicto que duraría mucho y provocaría mucho derramamiento de sangre. En verano, un conflicto análogo entre la mayoría uzbeke y la minoría de los turcos mesketas se producía en el valle de la Fergana, en Uzbekistán. Se trataba, en estos casos, de enfrentamientos entre etnias no rusas y no eslavas. Pero también había otras repúblicas donde los contrastes étnicos se daban entre una población indígena y los rusos residentes, así que acababan afectando a la relación entre cada república y el gobierno central de Moscú. Así sucedió en Georgia, en el extremo sur del país, donde en abril de 1989 la policía y el ejército abrieron fuego contra los manifestantes independentistas, causando veinte muertos. Desde entonces, la conflictividad fue la regla y no cesará ni siquiera cuando, en abril de 1991, Georgia verá reconocida su independencia, ya que los enfrentamientos continuaron entre la mayoría georgiana y la minoría abjaza.

En el extremo norte del país, otra área de conflictos era la del Báltico, cuya anexión a la Unión Soviética se remontaba a una fecha relativamente reciente, 1940. En agosto de 1987, en ocasión del aniversario del pacto Ribbentrop-Molotov de 1939, se produjeron en las tres repúblicas bálticas im-

ponentes manifestaciones de protesta y en junio de 1988 se constituía en Lituania el movimiento nacionalista Saljudis, mientras que en Estonia y Letonia se formaban sendos «frentes populares». En un primer momento ninguno de ellos presentó la reivindicación de la independencia, sino que se limitaron a pedir la retirada de las tropas soviéticas situadas en sus territorios, pero muy pronto, en la primavera de 1989, los tres estados bálticos proclamaron su «soberanía», esto es, la negativa a aplicar las leyes promulgadas por Moscú. De la «soberanía» a la independencia el camino, como veremos, será corto.

Pero tanto Georgia como los países bálticos, ambos situados en la periferia de la Unión, constituían unos casos límite. Ni las repúblicas de Asia central y mucho menos Ucrania y Bielorrusia daban de momento señales consistentes de querer despegarse de Moscú. En la primera mitad de 1989, pocos hubiesen podido prever que dentro de dos años la Unión Soviética se disgregaría. Pero el curso de los acontecimientos había entrado ya en una fase de brusca aceleración.

37.4. LA REUNIFICACIÓN ALEMANA.

El 9 de noviembre de 1989 caía el muro de Berlín. Por su valor simbólico, el evento ha sido asumido, comprensiblemente, como un punto de inflexión histórico. En realidad, no sólo no marcó el fin de la segunda guerra fría, cuya mecha, como se ha visto, ya había sido en gran parte apagada, sino que tampoco significó la liberación de los países satélites; como mucho, fue el sello final. En noviembre de 1989, el proceso de emancipación de la URSS en los países de la Europa oriental y central ya se encontraba en una fase avanzada. Cuando cayó el muro, Polonia ya no tenía un gobierno comunista. En efecto, a raíz del resultado de las elecciones de junio, que vieron la afirmación de Solidaridad, se había instalado en el poder en agosto un gobierno de coalición encabezado por un representante de la oposición, Tadeusz Mosowiesky. En enero, Hungría había dejado de ser una «república popular» para convertirse en simple república y al régimen monopartidista lo había sucedido un sistema pluripartidista a la espera del veredicto electoral de 1990, que será favorable al bloque de los partidos de la oposición. También en Checoslovaquia el régimen comunista ya agonizaba e incluso en Bulgaria se tambaleaba. Sólo en Rumania el dictador Ceaucescu se mantuvo aferrado al poder hasta diciembre, cuando fue derrocado por una rebelión popular y ejecutado.

Así pues, si se excluye el caso rumano, en todos los ex países satélites la transición a la democracia se produjo con medios pacíficos. Ello fue posible por varios motivos. En primer lugar, porque sus economías habían alcanzado un notable nivel de integración en el mercado internacional, ya que to-

dos, con el fin de reactivarlas, habían acudido a los préstamos internacionales. En particular, Polonia figuraba entre los países más endeudados del mundo, sólo por detrás de los países latinoamericanos. Y ahora los acreedores, fuera el FMI o los bancos extranjeros, presionaban para que se abolieran los frenos de la economía planificada y se adoptara una política económica más rigurosa. El paso gradual a la economía de mercado se hacía, por tanto, casi obligado. Pero era necesario que lo gestionara un personal político y empresarial responsable, competente y preparado para afrontar la difícil tarea de la transición. Este personal existía y estaba formado tanto por representantes de la oposición y la emigración como por cuadros del *establishment*.

Por último, cabe añadir que esta transición se hubiese podido realizar pacíficamente, si Gorbachov no hubiese mantenido su compromiso de no interferir en los asuntos internos de cada uno de estos países.

La aplicación de este criterio de no intervención sobre la RDA planteaba a la URSS problemas muy graves. Se comprende, en efecto, cómo, para un país que había perdido al menos veinte millones de hombres en la guerra contra el agresor alemán, la perspectiva de una Alemania reunificada, que coherentemente con sus posiciones el canciller Kohl venía defendiendo con decisión desde siempre, se percibiera como una derrota e incluso una humillación. Además, si no sólo se alcanzaba este objetivo, sino que además la Alemania reunificada seguía formando parte de la OTAN, entonces la humillación sería todavía más amarga y la posición de Gorbachov se debilitaría aún más, y con ella la suerte de la *perestroika*. De ello se daba cuenta Margaret Thatcher, que de vuelta de un viaje a Extremo Oriente hizo una parada en Moscú para comunicar a Gorbachov sus preocupaciones y también se daba cuenta François Mitterrand, que quiso encontrarlo en Kiev. También el secretario de estado norteamericano estaba interesado en el éxito del intento reformador de Gorbachov, pero la perspectiva de una salida de la OTAN del aliado más fuerte en el continente europeo no podía ser aceptada por la nueva administración del presidente Bush.

La cuestión alemana constituyó uno de los temas de discusión en la cumbre de Malta del 2 y 3 de diciembre de 1989, que por lo demás concluyó sin que ni una parte ni otra asumieran compromisos precisos. Fue en la siguiente cumbre de Washington (31 de mayo-3 de junio de 1990) cuando la parte norteamericana descubrió sus cartas y se pronunció para la reunificación y la permanencia de Alemania en la OTAN, ofreciendo al mismo tiempo al interlocutor soviético una serie de garantías. Las principales eran la reiteración del compromiso alemán de renunciar a la posesión de armas nucleares, químicas y bacteriológicas; la aceptación de las fronteras existentes; el consenso a la permanencia de tropas soviéticas en el lado oriental del país por un período de algunos años y la promesa de contribuir a su financiación y de proveer a su alojamiento una vez que hubiesen vuelto a Ru-

sia. Estas propuestas estuvieron encima de la mesa de la conferencia «dos + cuatro», así denominada porque en ella participaron los cuatro vencedores de la segunda guerra mundial más los representantes de las dos Alemanias. La conferencia, convocada por iniciativa soviética, comenzó sus sesiones en mayo de 1990 y sus conclusiones fueron asumidas por la cumbre de los países de la OTAN que se reunieron en julio en Londres. El 16 de julio, Gorbachov comunicó a Kohl, de visita a la URSS, el consentimiento soviético a la permanencia de la Alemania unificada en la OTAN, recibiendo a cambio su compromiso, ratificado en el noviembre siguiente por la cumbre de la CSCE de París, de reducir sus efectivos militares en 370.000 para 1994. El 2 de diciembre se celebraron en Alemania unas elecciones generales que fueron un triunfo para Kohl. Los democristianos obtuvieron el 44,3% de los votos en la parte occidental del país y el 41,8% en la antigua RDA. Así, la unificación de Alemania era, también formalmente, un hecho consumado.

37.5. LA DISGREGACIÓN DE LA URSS

En un solo año, pues, el mapa político de Europa había sufrido modificaciones radicales, cuyas consecuencias en la Unión Soviética fueron que su prestigio, y con éste el de su líder, se veía todavía más mermado. Cuanto más popular era en el extranjero, tanto más impopular era Gorbachov en su patria. Sus críticos más severos eran algunos representantes de los ambientes militares, que por supuesto no compartían las concesiones hechas a aquella Alemania contra la que habían luchado, pero también en el partido y en el Congreso eran numerosos los que alimentaban desconfianzas o estaban en contra de la línea de política exterior del secretario.

A medida que la situación económica se hacía más pesada, también la política interna de Gorbachov se hacía cada vez más controvertida. Pero las motivaciones de las críticas que se le dirigían eran no sólo distintas, sino opuestas. Si Ligachov y sus partidarios se mostraban preocupados por el celo reformador, que ellos consideraban excesivo, muchos intelectuales y varios representantes políticos, por el contrario, criticaban al secretario general por la prudencia y la lentitud con que, en su opinión, procedía a la puesta en marcha de la *perestroika*. El debate en el seno del partido se puso de manifiesto con toda su dureza en el XVIII Congreso, el último, que se celebró en julio de 1990. A su conclusión, Gorbachov fue confirmado en su cargo con una mayoría muy amplia, pero su posición aparecía ya muy debilitada y más aún la del partido del que era el líder.

En marzo de 1991, los mineros entraron de nuevo en huelga y la situación económica llegó hasta tal punto de deterioro que al final del año la producción industrial había bajado en un 18% y la agrícola en un 17%. Un plan

elaborado fatigosamente en el otoño de 1990 para sanear la economía del país convirtiéndola al mercado en quinientos días, se dejó caer por veleidoso e irrealizable. Tampoco se podía contar con los préstamos extranjeros. Si la Alemania de Kohl se mostraba dispuesta, menos lo estaban los Estados Unidos. En marzo de 1990 habían bloqueado un préstamo a la URSS por parte del Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo (ERBD, en sus siglas inglesas) y en julio de 1991 la petición de un préstamo del FMI, avanzada por Gorbachov en ocasión de la cumbre del G7, sólo recibió promesas. En este momento, la URSS seguía sin gozar de la cláusula de nación más favorita, aunque hacía tiempo que le había sido prometida, y todavía estaban vigentes algunas limitaciones a las exportaciones previstas por el COCOM.

Es en el contexto de esta crisis que irrumpe en el escenario político la figura de Boris Yeltsin. Llamado a formar parte del *Politburó* en 1985, en su calidad de secretario del comité ciudadano del partido en Moscú, se había granjeado una notable popularidad gracias a la decisión con que había luchado contra la corrupción y muchos lo consideraban como el paladín de la *perestroika*. Su personalidad extrovertida no gustaba a muchos de sus colegas y en noviembre de 1987 fue obligado a dimitir de su cargo moscovita y en febrero de 1988 del *Politburó*. Pero no se rindió y se presentó como candidato en las elecciones para el Congreso de marzo de 1989, en las que resultó elegido de forma masiva por sus electores. Tras superar los obstáculos burocráticos y políticos que se interponían en la convalidación de su elección, no tardó en convertirse en una de las figuras preeminentes del llamado «grupo interregional», integrado por cerca de trescientos diputados. No tenía competencias económicas específicas y en su autobiografía no hay rastro de un pensamiento político consolidado. Pero poseía la ambición y el instinto de un auténtico animal político. La carta sobre la que lo apostó todo fue la del nacionalismo ruso y con esta brújula orientó todas sus posteriores decisiones en su gradual escalada hacia el poder.

En marzo de 1990 se presentó en las elecciones para el Parlamento de la República rusa, en el colegio de Sverdlovsk, su ciudad de origen y donde había comenzado su carrera política; también en este caso obtuvo una mayoría aplastante. Elegido para la presidencia de esta asamblea, en junio se hizo promotor de una declaración con la que Rusia proclamaba su soberanía, una fórmula que equivalía a decir que no reconocía más leyes que las suyas. En julio, al término del congreso comunista, anunció su dimisión del partido y por último, en marzo de 1991, hizo celebrar un referéndum para la elección popular directa del presidente de Rusia, en el que obtuvo el 70% de consensos. Se trataba de un referéndum hecho a medida para su persona y de hecho, en las subsiguientes elecciones presidenciales, ganó a sus antagonistas con el 57% de los votos. En la práctica, se comportaba ya como un

jefe de estado y en junio de 1991, con ocasión de su segundo viaje a los Estados Unidos, fue recibido en la Casa Blanca.

De esta forma, no sólo legitimaba, sino que alentaba, e incluso obligaba, a las otras repúblicas para que siguieran su estela. Y de hecho, así fue: entre junio y diciembre, se proclamaron «soberanas», por este orden, Uzbekistán, Moldavia, Ucrania, Bielorrusia y otras repúblicas de Asia central. En cuanto a los países bálticos, ya estaban en el camino de la independencia. Lo que imprimió una poderosa y decisiva aceleración a este proceso fueron los incidentes que se produjeron en la capital lituana, Vilnius, el 13 de enero de 1991, cuando trece manifestantes perdieron la vida bajo el fuego del ejército. En febrero y marzo, en las tres repúblicas bálticas se celebraron unos referendos en los que los electores se pronunciaron en su gran mayoría por la independencia. En abril, Kohl y Mitterrand, con el consentimiento norteamericano, escribieron al presidente lituano, Landbergis, que suspendiera la declaración de independencia. Su petición fue aceptada, pero, como veremos, sólo se trató de una dilación.

Ante este proceso de gradual disgregación, Gorbachov, que desde marzo de 1990 reunía el cargo de presidente de la URSS con el de secretario del partido, reaccionó, en marzo de 1991, convocando un referéndum en el que se pedía a los electores que se pronunciaran sobre «la preservación de la URSS como federación renovada de repúblicas iguales y soberanas». La respuesta de las urnas fue ampliamente afirmativa y en las repúblicas asiáticas incluso masiva. Animado por este éxito, en abril convocó Gorbachov, en la localidad de Novo Ogarevo, una reunión en la que participaron nueve presidentes de repúblicas, incluida Rusia, y faltaron los estados bálticos y Georgia, que no aceptaron la invitación. En la reunión se elaboró y se aprobó el proyecto de un tratado, que entraría en vigor el 20 de agosto, con el que se reconocía a las repúblicas autonomía e independencia, quedando para la Unión sólo las competencias en política exterior, defensa y coordinación económica.

Pero se trataba de un éxito sólo aparente. De hecho, no sólo el prestigio, sino la autoridad misma de Gorbachov estaban cada vez más en tela de juicio. Sus colaboradores más directos marcaban poco a poco distancias: en diciembre de 1990 Shevarnadze dimitió de su cargo de ministro de Exteriores y en febrero de 1991 hicieron lo mismo sus consejeros Alexander Yakovlev, Eugeni Primakov y Yuri Shatalin. En este mes, Shevarnadze y Yakovlev también abandonaban el partido.

Por contra, la ofensiva de sus adversarios se hacía cada vez más agobiante. Especialmente Yeltsin pidió en repetidas ocasiones su dimisión y el propio Gorbachov estuvo a punto de presentarla cuando, en el Comité Central del PCUS de finales de abril, tuvo que aguantar nuevos ataques por parte de los conservadores. Sólo un documento en su favor, firmado por Ba-

katín y otros sesenta y nueve miembros del Comité, logró disuadirlo. Pero los poderes del presidente de la URSS eran ya más virtuales que reales. El último acto relevante de Gorbachov en calidad de presidente fue la firma en Moscú, a finales de julio, del tratado START, por el que URSS y Estados Unidos se comprometían a reducir sus respectivos arsenales de armas estratégicas hasta aproximadamente el nivel de 1982. Como el de Novo Ogarevo, también éste era un tratado destinado a una breve vida. En efecto, una de las dos partes dejaría de existir dentro de poco.

El 18 de agosto, en la víspera de la entrada en vigor del tratado de Novo Ogarevo, Gorbachov, quien se encontraba de vacaciones con su familia en Crimea, recibió la visita de su ayudante personal, Valeri Boldin, y de otros personajes que le pidieron que entregara sus poderes a su vicepresidente, Yanaev, pero él opuso una firme negativa. Mientras tanto, en Moscú, el propio Yanaev, el primer ministro Pavlov, el ministro de Defensa, Yasov, el jefe del KGB, Krushev y el ministro de interiores, Pugo, anunciaban que habían constituido un comité de emergencia. De hecho, se trataba de un golpe de estado, pero le faltaron los requisitos de tempestividad y radicalismo en las decisiones y en la ejecución, que la técnica del golpe exige. Los teléfonos y los faxes de Moscú no fueron puestos bajo control; las televisiones extranjeras pudieron seguir retransmitiendo y, sobre todo, los principales representantes de la oposición quedaron libres y estuvieron por ende en condiciones de organizar la resistencia. Una multitud de decenas de miles de moscovitas se reunió alrededor del edificio del Soviet Supremo —la llamada Casa Blanca— donde se habían atrincherado Yeltsin y los diputados radicales. Transcurrieron dos días de negociaciones frenéticas y de tensión extrema, pero al final los golpistas tuvieron tirar la toalla y quedaron detenidos. El 22 de agosto, Gorbachov podía volver a Moscú, pero su prestigio estaba por los suelos. Muchos le reprochaban haberse rodeado de colaboradores que, a la hora de la verdad, se habían revelado poco fiables, y al día siguiente de su retorno a Moscú, Yeltsin, que había tenido un papel de primera magnitud en la derrota del golpe y cuya popularidad estaba en su cenit, no dejó de echarse en cara durante una dramática sesión del Soviet Supremo de la República rusa, infligiéndole una tremenda humillación ante millones de telespectadores.

En realidad, Gorbachov también había contribuido al fracaso del golpe ya que, como se ha visto, se había negado a ceder sus poderes. Pero también era verdad que el partido del que estaba a la cabeza había mantenido una postura ambigua en su ausencia y en los días del golpe, y de él formaban parte los golpistas. La decisión de Yeltsin de suspender a partir del 23 de agosto las actividades del Partido Comunista no carecía de motivaciones válidas y el propio Gorbachov tuvo que asumirlo al día siguiente, cuando dimitió de la secretaría general e invitó al Comité Central a disolverse. La

disolución definitiva del partido fue anunciada en la jornada del 6 de noviembre, en la víspera del aniversario de la revolución de octubre. Caía, así, una institución que, para bien y para mal, había sido el pilar que sostenía a la sociedad soviética.

Si bien Gorbachov ya no era secretario del PCUS, seguía siendo, de todos modos, presidente del Soviet Supremo de la URSS. De ella ya no formaban parte los países bálticos, que en las tormentosas jornadas del golpe se habían proclamado independientes y habían sido reconocidos por la Rusia de Yeltsin y por otros estados. Por lo que concierne a las otras repúblicas, la situación era extremadamente confusa. Algunas de ellas también se habían proclamado independientes, como Ucrania, que por otra parte había subordinado esta decisión al resultado de un referéndum convocado para el 1 de diciembre. Otras, entre ellas la propia Rusia y Kazajistán, las más compleja de las repúblicas soviéticas desde el punto de vista étnico, se habían abstenido de hacerlo. En Rusia, sin embargo, estaba en marcha un proceso, pilotado por Yeltsin, de gradual erosión y apropiación de las competencias y los poderes de los que disponía la presidencia de la Unión, desde los servicios de seguridad al Banco Central. Así, estaba abierta una partida cuya apuesta era la supervivencia o no de la Unión Soviética.

A primeros de septiembre se alcanzó un acuerdo para un nuevo tratado que preveía la transformación de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas en la Unión de Estados Soberanos (SSG, en sus siglas rusas), pero el resultado del referéndum del 1 de diciembre en Ucrania, en el que el 90% de los electores se pronunció por la independencia, proporcionó a Yeltsin, que hasta entonces había permanecido apartado, una ocasión que éste no desaprovechó. A espaldas de Gorbachov, el 7 y el 8 de diciembre se encontraba con el presidente ucranio, Kravchuk, y el bielorruso, Siskevich, en una floresta en los alrededores de Minsk. Al término de su encuentro, los tres anunciaron que consideraban disuelta la Unión Soviética y constituían una indefinida Comunidad de Estados Independientes (CSI) a la que, en un encuentro posterior, el 21 de diciembre en Alma Ata, se adhirieron también Kazajistán, Azerbaiyán y otras cuatro repúblicas de Asia central. El 25 de diciembre, la bandera de la Unión que ondeaba sobre el Kremlin fue arriada y sustituida por la bandera rusa, y Gorbachov volvía ser un ciudadano más.

Lo que no puede dejar de llamar la atención en estos acontecimientos es que un evento de esta envergadura histórica pudo producirse sin la implicación de grandes masas, sin «participación coral alguna» (Boffa, 1995, p. 334). Por supuesto, en cada república existían unos movimientos nacionalistas e independentistas, pero, con la excepción de los países bálticos, éstos no tenían una gran consistencia. Es más, da la impresión de que la gran mayoría de la población se limitó a asistir al desarrollo de los acontecimientos y a seguir el viento. Los electores ucranios que en marzo de 1991 votaron por la

permanencia de su país en la Unión Soviética, eran los mismos que seis meses más tarde optarían por la independencia.

Una parcial explicación de esta anomalía al menos aparente, puede derivarse de la constatación de que en la ex Unión Soviética no existía, al contrario que en Polonia, en Hungría y en Checoslovaquia, una clase política en condiciones de asegurar un cambio de dirección política. Entre los representantes de la oposición, los únicos que se empeñaron políticamente fueron Sajarov y Roy Medvedev. El primero murió en diciembre de 1989 y el segundo figura entre los que volvieron a fundar el partido Comunista después de su disolución. En cuanto a los emigrados, la mayoría de ellos prefirió no volver a Rusia. Quien volvió fue Solzhenitsyn, pero su mensaje nacionalista y «gran ruso» no encontró mucha audiencia.

La única clase política disponible seguía siendo la de los *apparattik*. Una parte de ellos se empeñó a fondo en el experimento de la *perestroika* y compartieron sus responsabilidades y su fracaso, pero otros, sensibles desde siempre al reflejo condicionado del unanimismo, la secundaron con mayor o menor convicción o simplemente la sufrieron hasta que se hizo evidente que estaba destinada al fracaso. En este momento, el llamamiento del nacionalismo ruso, ucraniano, bielorruso o lo que fuese se convertía en la tabla de salvación que les permitiría salir a flote. A este respecto, los casos de Kravchuk en Ucrania y del conservador Siskevich en Bielorrusia son ejemplares, por no hablar del de Yeltsin y de sus colaboradores más próximos. Si el Partido Comunista había quedado disuelto y la URSS había dejado de existir, la *nomenklatura*, por su parte, estaba viva, coleando y decidida a quedarse en el poder. Predicaba la necesidad de una reforma radical de la economía, pero sus ideas al respecto eran tan confusas como las de Gorbachov y de sus colaboradores. En la práctica, la política económica que se realizó resultó ser un complicado e inestable compromiso entre los partidarios de la conversión total al mercado y los poderosos *lobbies* de las grandes concentraciones estatales. Los primeros tenían su representante estrella en el joven Igor Gaidar; los segundos, en Victor Chernomirdin, el todopoderoso jefe del Gazprom, un organismo que controlaba la producción y la exportación de gas y de petróleo, es decir, del mayor recurso de la desastrosa economía rusa. Ambos desempeñaron, en fechas distintas, los cargos, respectivamente, de vice primer ministro y primer ministro, una alternancia que refleja las fluctuaciones y las incertidumbres de la línea de política económica seguida en aquellos años.

El resultado de esta navegación a tientas fue una acentuación del deterioro económico. En los años entre 1992 y 1996 el índice del PIB fue siempre negativo y sólo en 1997 se perfiló una primera, tímida, inversión de tendencia, mientras que el de la inflación, tras tocar en 1992 la cifra astronómica del 2.500% fue poco a poco disminuyendo, aunque nunca por debajo del 10%. Por contra, la deuda externa continuaba aumentando, pasando de los

ochenta y siete mil millones de dólares en 1992 a los 124,8 de 1995. La producción industrial sufrió un descenso del 40% de 1988 a 1995 y el poder adquisitivo del salario medio en 1995 era inferior en un 60% al de 1991. En consecuencia, el nivel de vida de la población experimentó una severa contracción. No sólo se vivía peor, sino que se vivía menos: la esperanza de vida, en efecto, se iba recortando. Para mayor frustración de muchos, aparecieron los nuevos ricos, los especuladores, los mafiosos, con su ostentación y su lujo chillón. El Congreso de los diputados elegido en 1989 intentó hacerse portavoz del malestar y de las frustraciones crecientes, pero no gozaba de un apoyo real por parte de una opinión desorientada y trastornada, ni Yeltsin estaba dispuesto a pactar. Por lo tanto, en marzo de 1993 le fue fácil disolver el Congreso y convocar nuevas elecciones, a las que unió un referéndum sobre un proyecto de nueva Constitución, que otorgaba al presidente poderes muy amplios. El Congreso respondió a este reto emprendiendo un procedimiento de acusación contra el presidente y designando para la presidencia a Alexander Rustkoi, su vicepresidente. Se llegó así, en los primeros días de octubre, al enfrentamiento abierto entre poder legislativo y poder ejecutivo: una multitud de manifestantes intentó apoderarse de la sede de la televisión, mientras que los diputados se encerraban en el Parlamento. También en esta ocasión, Yeltsin demostró rapidez de reflejos: se proclamó el estado de sitio y se dio orden al ejército de disparar contra el palacio de Parlamento, obligando a sus ocupantes a rendirse y entregarse como prisioneros. Así pues, fortalecido por esta victoria, el presidente pudo convocar en diciembre a los electores y obtener la aprobación de una Constitución hecha a su medida. Menos confortantes fueron para él los resultados de las elecciones para el nuevo Parlamento, la *Duma*. Su partido «Opción democrática», consiguió el mayor número de escaños, pero el partido más votado fue el de Vladimir Zhirinovskiy, un personaje histriónico que apelaba a un tosco nacionalismo paneslavo, que obtuvo el 23% de los votos, mientras que los comunistas de Gennadi Ziugánov, que en febrero se habían reconstituido en partido, se alzaron con un 14%. No obstante, a pesar del fracaso que representó el estallido de la guerra en Chechenia, que costó a Rusia veinticinco mil muertos, de la caída de su popularidad y de sus cada vez más precarias condiciones físicas, Yeltsin logró superar a su antagonista, el comunista Ziugánov, en las elecciones presidenciales de junio-julio de 1996, y ha sido presidente hasta principios del año 2000. Su permanencia en el poder dependió de muchos factores: la relativa estabilización de la economía, o al menos, el freno a su deterioro; el apoyo de los Estados Unidos y de los gobiernos europeos; los préstamos del FMI; pero, sobre todo, la ausencia de una alternativa creíble.

El área del Pacífico en los años ochenta y noventa

La historia política de Japón a lo largo de los años ochenta se desarrolló en el signo de la continuidad. Victorioso en las elecciones de junio de 1979 con el 47,9% de los votos, el Partido Liberal Demócrata esencialmente confirmó sus posiciones en las de diciembre de 1983, con el 45,8% y obtuvo el mejor resultado de toda su historia en las elecciones para la Cámara Baja de julio de 1986, con el 49,4%. Una victoria tanto más significativa si se tiene en cuenta que, por decisión de la Corte Suprema, el número de los escaños rurales, donde los liberaldemócratas tenían sus feudos, había sido rebajado y el de los escaños urbanos, aumentado. La otra mitad de los votos se fue a los varios partidos —socialistas, socialdemócratas, comunistas y Komeito— de una posición que —otra señal de continuidad— permanecía dividida y fragmentaria y por tanto no estaba en condiciones de ofrecer una alternativa de gobierno. En efecto, ninguno de estos partidos alcanzaba el 20% de los votos. Al éxito del Partido Liberal Demócrata contribuyó el prestigio de su presidente, Yasuhiro Nakasone, que desempeñó el cargo de primer ministro durante cinco años, de 1982 a 1987, un período de tiempo poco habitual para un país con una vida parlamentaria crispada y —otro elemento de la continuidad política japonesa— con escándalos políticos recurrentes. Si en los años setenta había estallado el escándalo Lokheed, por el que el ex primer ministro Tanaka fue condenado a cuatro años de reclusión, en 1986 le tocó al escándalo Recruit, en el que se encontraron implicados varios representantes políticos, incluidos el propio Nakasone y el primer ministro que éste había designado para que le sucediera. Otra contribución al mantenimiento de la estabilidad dependía de la atenuación, cuando no la desaparición, de las grandes cuestiones que en el pasado habían apasionado y dividido a la opinión pública, en particular la relativa al tratado con los Estados Unidos y a sus renovaciones. En 1979 el Komeito anunciaba oficialmente

Produced with ScanTOPDF